
Arqueología de la Cuenca de Sayula

Otto Schöndube Baumbach
INAH-Jalisco

El tema a tocar en este trabajo se refiere a lo que hemos venido realizando desde hace varios años un grupo de arqueólogos y otros investigadores de las ciencias de la naturaleza en los famosos lagos secos o lagunas esporádicas que existen a los lados del camino que va de Guadalajara hacia Ciudad Guzmán y Colima.

El proyecto arqueológico Cuenca de Sayula era algo que desde hace ya mucho tiempo habíamos soñado realizar, el cual por fin tomó forma con el copatrocinio del Instituto Nacional de Antropología e Historia (inah), la Universidad de Guadalajara, así como la institución francesa de orstom, cuyas siglas podemos interpretar como Instituto de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación. Se trata de un grupo que realiza proyectos fuera de su país, pero que tiene como política que siempre participen en ellos personas de la nación donde se lleva a cabo el trabajo. El orstom no sólo apoya con fondos, sino que también busca el mejoramiento académico de los participantes en sus investigaciones, a la vez que promueve un intercambio de información a nivel igualitario.

El proyecto empezó a planearse en 1989, fue aprobado por el Consejo de Arqueología y los trabajos de campo iniciaron en octubre de 1990. Como todo proyecto de este tipo, y sobre todo arqueológico, es una actividad que podría seguir ad infinitum, ya que los caminos del conocimiento y de la historia nunca

encuentran un final, sino que cada estudio siempre abre nuevas rutas a seguir. Es en este punto donde quiero hacer patente mi agradecimiento al doctor Ricardo Ávila Palafox (Universidad de Guadalajara); a Jean Pierre Emphoux (orstom), quien fue el iniciador de esta idea y que junto con Jean Meyer (cemca) abrió la posibilidad del apoyo francés; lo mismo que al arqueólogo ecuatoriano-francés Francisco Valdez, motor del equipo. De igual manera al resto de los compañeros-colegas que han participado en este proyecto o en sus derivados: Transformaciones Socioculturales y Tecnológicas en el Sitio de La Peña, y el proyecto La Picota.

Lo interesante del primero es que se trataba de un estudio de área diferente a lo que antes se acostumbraba que era hacer estudios de sitio, sobre todo de lugares con pirámides para mostrarlos después a los turistas. Para mí, los estudios de área implican buscar la interrelación entre los múltiples sitios que existen en el área de estudio y ver cómo funcionaron juntos. Creo que este tipo de trabajo debe ser previo al de los estudios de sitios particulares.

Escogimos el área de Sayula para hacer la investigación por varias razones. En primer lugar, por ser una área muy definida geográficamente: se trata de un “graben” o fosa tectónica, un gran hundimiento que está bien delimitado por la sierra de Tapalpa y la sierra del Tigre. Es pues un universo bien definido que tiene un tamaño adecuado para recorrerlo y que además se encuentra muy cerca de Guadalajara. Lo anterior no quiere decir que no nos hayamos “partido el lomo” caminando, ya que el lago de Sayula tiene al menos 40-50 km de largo y 4-5 km de ancho. La prospección se llevó a cabo por varios sistemas y se inició con el estudio de las imágenes de satélite (Spot); continuó con un análisis de fotos aéreas, seguido por vuelos en avioneta a baja altura, para terminar, como decía nuestro querido maestro Pedro Armillas, haciendo buena arqueología con los pies, es decir, caminando.

Lo que se intentaba hacer era ver el desarrollo de la ocupación humana en esa región a lo largo del tiempo,

y cómo el hombre con el correr de los años fue usando los recursos de la misma.

Otra razón que nos llevó a realizar nuestros trabajos aquí es que entrábamos a un área no totalmente desconocida; Sayula misma había sido objeto de trabajos menores previos, al igual que había trabajos arqueológicos en las áreas circunvecinas. Tenemos datos de Tamazula-Tuxpan-Zapotlán (Schöndube); de Cojumatlán, Michoacán y de Tizapán, Jalisco, por arqueólogos de la Universidad de California y de Arizona (Lister, Meighan y Foote); los trabajos del inah en el valle de Atemajac (Galván, Schöndube, Sáenz) y los realizados por Isabel Kelly en el área de Autlán-Tuxcacuesco; trabajos que nos proporcionaban referencias a los objetos o los datos que íbamos adquiriendo conforme se desarrollaba el proyecto.

Fuentes anteriores de la época colonial también fueron usadas, tales como la hecha por fray Alonso Ponce, quien estuvo por estos rumbos hacia 1584-1590 —a él lo admiro sobremanera porque transitó a pie (quizás algunos trancos en mula) desde Aguacatlán, Nayarit, hasta Nicaragua, visitando los conventos franciscanos—. Otro documento del xvi que está perdido es la “Relación Geográfica de Sayula”, por lo que tenemos que conformarnos con un documento más tardío de esa jurisdicción que data del siglo xviii.

Quede en claro entonces, por lo que pretendemos ver, que no son sólo los datos arqueológicos en seco sino que están ligados a diversos contextos: el ambiental, el cultural y el temporal, tratando de esclarecer cómo fue habitada la región y sus usados recursos.

Un trabajo muy importante para la zona es el realizado por Isabel Kelly, quien la recorrió durante 1940-1941 y definió una serie de tipos cerámicos para la misma, tipos que nosotros hemos venido usando como marcadores temporales, ya que cada época tiene sus propias modas y tecnologías en su cerámica y otros utensilios. Actualmente estamos en la época del plástico, de las botellas desechables, de la televisión, de las computadoras, etc.; en el pasado la cerámica

cambiaba en sus formas y decoración de acuerdo con los gustos, con lo que consideraban bonito, también había cambios según el uso que se les diera a los artefactos o recipientes.

El proyecto Cuenca de Sayula

Con todo lo anterior en cuenta recorrimos la región en su totalidad e hicimos un reconocimiento buscando los sitios donde aparecían restos arqueológicos, es decir, cerámica, vestigios de construcciones o antiguas evidencias de la explotación de los recursos del área, v.gr. terrazas de cultivo, la existencia de antiguas calzadas que cruzaban el lago (mencionadas por Ponce), filtros salineros, etcétera.

Este caminar ha sido largo. Simplemente imagínense ir de Verdía hasta la ciudad de Sayula a pie y no sólo en línea recta, ya que hemos estado realizando transectos desde las playas hasta las partes altas; ha sido un continuo subir y bajar para observar qué es lo que existe en cada nicho ecológico. Nuestros estudios han descubierto una ocupación humana bastante palpable cuya existencia se estima aproximadamente del año 300 a.C. hasta el momento de la conquista española. En forma menos marcada hay también evidencias de la tradición Capacha (ca. 1200 a.C.) y algunas evidencias líticas que van tan atrás como 10 000 a.C., tal es el caso de las puntas de la tradición Clovis encontradas en el Cerro del Tecolote. Nuestro trabajo no se incluye propiamente en la etapa colonial, sin embargo, datos de esa época y ciertas evidencias nos interesan con fines comparativos.

Lo que sí es interesante es que hasta ahora en el área de Sayula no hemos encontrado yacimientos notables de tipo paleontológico, cosa marcadamente diferente de lo que hay rumbo a Zacoalco, donde son abundantes los restos de mamuts, mastodontes, caballos prehistóricos, entre otros.

Después del reconocimiento hicimos algunas excavaciones mayores, sobre todo en el llamado

Fraccionamiento San Juan, en las afueras del poblado de Atoyac, donde los trabajos de urbanización ponían en peligro los restos bajo superficie de una aldea prehispánica, así como los de tres áreas de enterramientos indígenas. En estas excavaciones rescatamos 114 entierros de los cuales 51 pertenecían a una fase y 104 a otra. Si hablamos de 114 entierros e indicamos 155 individuos parecerá que no concuerda; ello se debe a que muchos de estos entierros eran múltiples, es decir, un entierro podía contener varios cadáveres.

Un elemento de gran interés que aportan los restos óseos de los cementerios de Atoyac es que muestran que los habitantes de una fase en relación con otra pertenecen a dos poblaciones distintas (biotípicamente), o sea, no se muestra un cambio lento; tal parece que la población de una etapa fue sustituida en su totalidad por otra en un momento determinado. La estatura, robustez y otros rasgos son muy diferentes. Son necesarios mayores estudios, inclusive de adn, para comprobarlo y entenderlo.

Producción de sal

Un fenómeno propio del lago de Sayula es que durante una parte del año tiene agua y en la otra está seco. Se trata de una cuenca cerrada en la que por el acarreo y la evaporación han venido depositándose y acumulándose una gran cantidad de sales en su vaso; por ello, Sayula se volvió un lugar importante durante la época prehispánica. No hay que olvidar que en aquellos tiempos todo el transporte se hacía a pie y que la sal era un producto de primer orden en las necesidades humanas, la cual se obtenía casi siempre de la costa; por esto, la gente que podía usar la sal de Sayula, al tener un yacimiento tierra adentro se evitaba desplazamientos muy largos, razón por la que se produjo en cantidades considerables en esta región.

Hablaré ahora un poco acerca de la producción de sal, producto que por cierto fue una de las causas por la que los tarascos se interesaron en esta zona en la época

tardía. Desde la Meseta Tarasca este grupo invadió la región de Sayula por el año 1300 d.C.; de esto hablan un poco las crónicas y de ahí surge de manera un tanto mítica la historia de la Guerra del Salitre. Ahora, gracias a nuestros trabajos, la presencia tarasca en Sayula está plenamente probada con hallazgos arqueológicos tales como cerámica tarasca, entierros con ofrendas de metal y ornamentos de obsidiana típicamente purépechas. De esta forma, la presencia tarasca en Sayula pasa de ser una leyenda a ser una realidad.

Los tarascos también invadieron el área del sur de Jalisco en busca de minas. Nosotros hasta ahora hemos encontrado en su mayoría objetos de cobre: aros, cascabeles, agujas, pinzas y punzones. De oro sólo hemos hallado una pequeña cuenta, así como una laminilla repujada. Lo anterior suena modesto, pero lo importante es que estos objetos implican una complicada tecnología de fabricación ya que no son de cobre puro, sino que presentan aleaciones buscadas intencionalmente con las cuales los indígenas daban determinadas propiedades a los metales empleados: dureza, bajar el punto de fusión, cambiar la coloración del metal o sus propiedades sonoras, etcétera.

Algunos de estos materiales fueron investigados por la doctora Dorothy Hosler del Massachusetts Institute of Technology (MIT), no sólo para conocer su técnica de fabricación –si fueron fundidos, martillados, aleados, etc.–, sino también con el propósito de conocer su “huella digital”, es decir, la procedencia de la materia prima mineral usada en función de región o yacimiento.

La región de Sayula se encuentra ubicada en un punto nodal de una ruta comercial y de movimientos humanos entre el altiplano jalisciense y la costa, por eso las fuentes históricas tempranas hablan de comerciantes ricos que dominaban diversas lenguas indígenas radicando en la zona. Encontramos evidencia de contactos con la costa por el hallazgo de una cantidad considerable de ornamentos de concha en los que se usaron sobre todo ejemplares del Océano Pacífico, como turrítelas, olivelas, spondylus, etc., con los que

se manufacturaron cuentas, pectorales, cascabeles, pulseras, entre otros.

Entierros

Abordaré ahora los entierros humanos que en su mayoría representan individuos en la edad adulta media (36-55 años). En la región, la gente normalmente no debió haber pasado de los 40 años de edad; esto indica que debido a la forma de vivir (alimentación, higiene, medicina, belicosidad, etc.) la media era bastante baja con relación a la actual. En los restos humanos se han encontrado evidencias de numerosos traumatismos y muchos huesos que sufrieron fracturas. Como ejemplo tenemos el caso de los entierros de la última fase, la Amacueca, donde la mayoría de los huesos que muestran fracturas corresponde a individuos masculinos. Suponemos que los traumatismos se deben a avatares bélicos, inclusive en uno de los esqueletos se encontraron fragmentos de un proyectil de obsidiana parcialmente absorbidos por el hueso.

En los huesos puede también observarse que bastante gente padeció de artritis degenerativa y de osteoartritis; se presentan a la vez algunos casos de desórdenes de tipo metabólico como espina bífida, osteoporosis, osteolisis, espondilosis, aneurisma de la aorta, tumores, así como un caso muy extraño de treponamatosi (una especie de sífilis). En las piezas dentales son frecuentes las caries. Todo lo anterior nos revela que estos grupos estaban formados por gente como nosotros que también sufría de males bastante molestos.

Se realizaron igualmente excavaciones en un sitio llamado Caseta, donde se trabajó con 93 entierros humanos. Tomando en cuenta ambas excavaciones, se obtuvo la muestra más grande de restos óseos de una población humana en el Occidente de México. Las muestras estudiadas por las investigadoras Gabriela Uruñuela y Rosario Acosta, aparte de indicarnos por sus ofrendas a qué época pertenecen, han proporcionado

otra serie de datos por demás interesante para las sociedades: cómo estaban compuestas, cuáles fueron algunos de sus problemas de salud, la edad a la que murieron sus miembros, etcétera.

Desarrollo cultural

Hemos dividido el desarrollo cultural de Sayula en una serie de fases y subfases, de las cuales las más representativas son la Usmajac, la Sayula y la Amacueca, que van desde aproximadamente 400 a.C. hasta la conquista española. Dentro de la secuencia hay algunas intromisiones foráneas como las fases Cojumatlán y Tizapán, pertenecientes a la tradición Aztatlán entre 800 y 1300 d.C., y poco después de 1350, la intromisión tarasca. Los elementos anteriores al 400 a.C. son pocos hasta ahora y corresponden a la llamada fase Atotonilco, encontrada en el sitio de La Peña, ubicables entre 800 y 400 a.C., más algo de la tradición Capacha con fechas tan tempranas como 1200 a.C.

La fase Usmajac se caracteriza por las tumbas de tiro, de las cuales hemos encontrado cerca de diez en la cuenca, mismas que por desgracia habían sido saqueadas parcial o totalmente, y sólo hallamos dos “intactas”. Su contenido es bastante modesto, lo que ha roto el mito de que toda tumba de tiro es rica en ofrendas; esto indica que también gente de un estrato social no muy alto tenía posibilidad de ser enterrado de esa manera.

En la zona del Cerro del Agua Escondida localizamos una variante del tipo de tumbas que por primera vez se reporta en la arqueología mexicana e, incluso, en el mundo. Por lo general una tumba de tiro se excava en una superficie compuesta por materiales de relativa solidez y homogeneidad como el tepetate o caliche. Primero se aprecia el pozo o tiro de acceso a la cámara, usualmente de 2 a 3 metros de profundidad, pero que a veces alcanza una profundidad considerable, como es el caso de la tumba de Huitzilapa con 9 metros o el caso extraordinario de la tumba de El Arenal con un tiro de 15 metros. Enseguida, desde el fondo del tiro,

se excavaban las cámaras que funcionarían a manera de criptas para contener los cuerpos y las ofrendas. Aunque por lo general las tumbas tienen una sola cámara, hay algunas que cuentan con dos o más.

Las tumbas eran reabiertas para ir inhumando conforme morían los miembros de un mismo clan, familia o corporación; por ello hay unas muy ricas en ofrendas pues éstas se fueron acumulando con el correr de los años. Las tumbas de Sayula oscilan entre 2 y 3 metros de profundidad, pero en el caso de las tumbas de San Juanito (Cerro del Agua Escondida), a diferencia de las mencionadas antes que presentan sólo un trabajo de excavación, cuentan con una estructura pétreo: el tiro está adomado con piedras y la bóveda de la cámara está conformada por lajas sobrepuestas. En la zona de Caseta encontramos unas tumbas durante el proceso de prospección midiendo la resistividad eléctrica del terreno, ya que muchas evidencias que no son aparentes a simple vista se detectan con este método: cuando se hace pasar corriente eléctrica al terreno los aparatos perciben si hay alguna irregularidad en él.

En cuanto a los cultos funerarios debemos pensar que los indígenas mexicanos hasta cierto punto creían que al morir había una vida en el más allá, y que ésta era similar a la terrenal; por ello sus difuntos tenían que ser enterrados acompañados de herramientas para proseguir su trabajo, así como de alimentos y bebidas, amuletos, insignias de rango y elementos rituales que los protegieran o indicaran en el más allá cuál era su estatus.

El piso del lago de Sayula está en promedio a 1 350 msnm; las faldas de las sierras que lo bordean son abruptas y prácticamente de porrazo se sube a alturas situadas arriba de los 2 500 msnm (incluso a los 3 000 msnm en la sierra de Tapalpa). Con esto en una distancia muy corta se tienen múltiples nichos ecológicos, cada uno con sus peculiares características y productos. Así los indígenas, además de extraer sal en la época de secas, cuando el lago todavía tenía agua podían obtener proteínas cazando las aves migratorias que llegan en

abundancia durante los meses fríos. Más arriba, en el piedmont y las laderas, los suelos ya no son salinos y son bastante buenos para practicar la agricultura; además de que en ellos, según la altitud, se producen de manera silvestre especies vegetales útiles para el hombre. Abundan los mezquites, los guamúchiles, las guayabas, los nopales y las riquísimas pitayas frescas y de vivos colores. En las partes altas tenemos además de cacería, especies arbóreas maderables como el pino y el encino. No hay que ver este paisaje en la época prehispánica con ojos capitalistas de consumidores de supermercados sino como gente con una visión de subsistencia campesina; es indudable que aquí no pasaban hambre y que además en un entorno relativamente chico podían encontrar todo lo que necesitaban.

En nuestros recorridos hemos localizado alrededor de 175 sitios arqueológicos pertenecientes a diversos momentos y de distintos tamaños: algunos equivalentes a simples ranchos, otros ya a nivel de aldeas o pueblos que contienen plazas y basamentos piramidales; están también las localidades destinadas a la extracción y proceso de la sal; así como las terrazas de cultivo en las laderas y varias calzadas que cruzan el lago. Entre los sitios más importantes podemos mencionar Cerritos Colorados, La Picota, Barranca del Águila, Santa Inés, Cerro del Agua Escondida; y en trabajos más recientes el imponente sitio de La Peña, en el municipio de Teocuitatlán, donde se detectó una importante ocupación de la tradición Aztatlán (800-1200 d.C.) y un sistema de irrigación que incluía canales y terrazas agrícolas.

De alguna manera, los trabajos de índole arqueológica en la Cuenca de Sayula continúan y en la actualidad se enfocan sobre todo en el análisis de los materiales encontrados en las excavaciones hechas en La Picota, que tuvo su esplendor durante la fase Sayula; así como en dilucidar la trascendencia de la presencia de la tradición Aztatlán en la región, cómo es que se dio y cuáles fueron sus repercusiones en las culturas locales.